



HUGO FONTANA

El sacrificio de la mano derecha

Texto integrante de LOS ÁRBOLES SIN BOSQUE

Muestra de Literatura Uruguaya Contemporánea
1ª edición
Colección Libros de Malabia / 1
Coedición de Revista Malabia y Ediciones Carena
Barcelona, 2010

Libro declarado de Fomento Artístico Cultural
Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay

Reedición/homenaje a Hugo Fontana

Separata de Revista **MALABIA** nº 72
Barcelona, 2022



www.revistamalabia.com

EL SACRIFICIO DE LA MANO DERECHA

Fue y vino.

Ya soy viejo y desde hace tiempo considero que algunas experiencias que se siguen asomando a mi vida merecen una valoración especial. No es hora de enumerarlas, aunque todas ellas podrían remitirse al escenario del sexo. Sin llegar a la manía, lo demás es trivial.

Ella fue y vino y se fue sin prometer otra cosa que el rastro dejado. Me contó infinidad de historias y una en particular que repitió con dolor, un ritual, parte de la vida de una de sus amigas, un encargo que intentó cumplir según la palabra dada pero que la fortuna le impidió. Me permitió compartir la tarea.

Una de las primeras noches que estuvimos juntos, vimos en un bar a un quinteto interpretando temas de Ástor Piazzolla. El bandoneonista abría y cerraba el instrumento golpeando las teclas con los dedos de la mano izquierda, la mano derecha con los dedos cerrados, sin hacer otro movimiento que el impulso de abrir el fuelle dorado y punzó. Así pasó buena parte del recital. Solo en algunos tangos la mano derecha asumía una sofisticación para la que estaba hecha, aunque acaso lo verdaderamente sofisticado era su callada contención.

Aproveché para contarle que una vez, en uno de los bares de Bourbon Street que había visitado muchos años antes, había visto a una banda de jazz clásico, hombres blancos en tierra negra, trajes y corbatas, vientos suaves, un piano, un contrabajo y un batero disneico y viejo con escobillas en las manos. Acariciaba los parches mientras cada cinco segundos buscaba aire levantando el rostro y ensanchando el pecho, aspirando con alguna fruición. Le dije que nunca había visto arte más difícil que la delicadeza de ese hombre tocando un instrumento hecho para golpear.

¿Cuántos kilómetros hay entre Nueva Orleans y St. Petersburg?

—Oh, lord, viví en St. Pete los últimos seis años.

—Yo quería conocer St. Petersburg, ir al museo Dalí y después conducir hasta Cayo Hueso para ver los gatos de seis dedos de Hemingway —le dije.

Me quedó mirando. Un instante después, por debajo de la mesa, me abrazó las piernas con sus larguísimas piernas. A eso me refiero.

Hacía un mes que había vuelto de Estados Unidos tras vivir catorce años, ocho en Texas y seis en la Florida. Eso fue lo que me contó esa noche y todas las que nos seguimos encontrando.

En una guía turística buscamos fotografías de St. Pete, del malecón (the pier). St. Petersburg nació cuando el emigrado ruso Meter Demens continuó el tendido de Orange Belt Railroad, el Ferrocarril del Cinturón de la Naranja, hasta la península de Pinellas en los

años ochenta del siglo XIX, decía la página dedicada al lugar. Se enfrascó en las fotografías, se extinguió unos segundos. Lord, dijo. El pier es un edificio de madera y cemento que parece una pirámide invertida con rectángulos de muchos colores, al que se llega tras recorrer un larguísimo muelle. Azul y verde. El agua es verde (el mar Caribe) y las playas son largas como tus piernas.

Entonces me contó la historia de su amiga Rebeca, con quien iba todas las tardes a las playas de St. Pete, una mujer mayor que ella, arrasada por la soledad, por el alcohol solitario y nocturno, por la muerte de un hijo.

—El hijo de Rebeca, Patrick, murió a los 28 años —me contó—. Cuando le avisaron, estábamos juntas. Cuando le hicieron la autopsia a Patrick, los médicos le encontraron ocho drogas distintas.

Nos seguimos viendo. No soy hombre de pasiones morigeradas, aunque he alcanzado cierto control, fruto no de la sabiduría sino de los dolores de la derrota. Sin embargo, fue ella la primera en dar la voz de alerta.

—Be care —dijo.

Eso merece una sonrisa.

Otro día me contó que las noches de despiadada luna llena Rebeca tiraba una botella al mar (message in a bottle, así) con un papel, con un mensaje escrito, con la certeza de que le llegaría al hijo muerto a los 28 años y con ocho drogas distintas en su cadáver. Con la certeza de que el muchacho leería esa línea breve, secreta.

—Fuck, man, el Caribe nunca nos devolvió una botella. Rebeca merecía que yo la acompañara. Después tomábamos tequila en la playa hasta el amanecer, y ella pasaba unos días sin pensar en Patrick o pensando que Patrick había recibido su mensaje.

Nos vimos una y otra vez. Vimos el video de un recital de Piazzolla en Nueva York y lo escuchamos explicando lo importante que era dominar el bandoneón. Tocaba generalmente sin abrir la mano derecha; los dos lo observamos. Dijo “dominar”, no “tocar”. Dominio público, un batero respirando con dificultad, olvidándose de Gene Krupa. Una mano dedicada a empujar y a tirar, los dedos quietos. Sexo.

Cuando se hizo la primera luna llena desde que nos habíamos conocido, me pidió que la acompañara a la playa. No hacía frío, pero un viento llegaba desde el agua. Estuvimos sentados en la arena largo rato, repitiendo palabras, mirando las luces de la ciudad sobre el agua. Sacó una botella de su cartera.

—Rebeca me pidió que cuando llegara a Uruguay tirara una botella al mar. A message in a bottle —dijo sin pronunciar las vocales de bottle.

Río ancho.

Era una botella oscura, tapada con un corcho. Al trasluz de la luna se podía ver un trozo de papel enrollado.

Nos acercamos a la orilla y tiró la botella al agua, que flotó unos segundos y luego se hundió. Después nos sentamos nuevamente y repetimos palabras durante algunos minutos. Después nos fuimos. Be care. Volvimos a la mañana siguiente, resaca de alcohol y sexo.

A eso es que me refiero.

La marea se había retirado y en la orilla brillaba la botella.

—Lord —dijo.

La levantó y la colocó al trasluz del sol.

—En St. Pete nunca pasó nada igual. Fuck.

Es bellísima, particularmente en las mañanas, cuando me pregunto qué hace un hombre viejo, más o menos morigerado, despertando en la misma cama con una mujer como ella.

—Volví con la intención de quedarme —dijo mirando en derredor, buscando explicaciones.

Por la rambla pasaba gente caminando.

—No hay pier —dijo.

—No.

El agua es marrón, you know.

—No hay yates.

—No.

—No hay nadie —dijo.

Llevaba unos jeans a la cintura, huequitos antes del comienzo de las nalgas cuyo recuerdo permanece en la punta de mis dedos mayores; sobre la nalga derecha tatuada una rara luna menguante.

—No hay pier —dije-. El agua devuelve los mensajes.

Quiso destapar la botella. Movi6 el corcho a derecha e izquierda. Maldijo. Logró quitarlo. Puso la botella boca abajo esperando que el papel saliera. Lo intentó una y otra vez. Maldijo. Miró en derredor.

Gente caminando en la rambla, automóviles a toda velocidad.

Sacudió la botella, la tiró a la arena con desesperación. Se dio media vuelta, volvió a girar, miró la botella, me miró pidiendo. Golpeé el vidrio con los talones. A unos metros había una piedra.

—Lord —dijo.

Rescató el papel y leyó en voz alta.

—I'm doing OK too.

Tradujo innecesariamente. Tradujo para ella, porque había vuelto con la intención de quedarse y no sabía con qué lengua repetir el mensaje que Rebeca le había enviado a su hijo Patrick.

—Yo también estoy bien —dijo.

Guardó el papel en uno de los bolsillos traseros de su jean, el derecho, el de la luna menguante.

Vino y fue. Eso es virtud de las costas.